

permitiendo haga la justicia lo que con tantas véras y obligaciones la razon os persuade. No dijo mas Leocadia, y todos los que en la sala estaban guardaron un maravilloso silencio en tanto que estuvo hablando, y con el mismo silencio esperaban la respuesta de Marco Antonio, que fué esta: No puedo negar, señora; el conozco, y que vuestra voz y vuestro rostro no consentirán que lo niegue: tampoco puedo negar lo mucho que os debo, ni el gran valor de vuestros padres junto con vuestra incomparable honestidad y recogimiento; ni os tengo ni os tendré en ménos por lo que habeis hecho en venirme á buscar en traje tan diferente del vuestro; ántes por esto os estimo y estimaré en el mayor grado que se pueda; pero pues mi corta suerte me ha traído á término, como vos decís, que creo que será el postrero de mi vida, y son los semejantes trances los apuraderos de las verdades, quiero deciros una verdad, que si no os fuere ahora de gusto, podría ser que despues os fuese de provecho. Confieso, hermosa Leocadia, que os quise bien y que me quisistes, y juntamente con esto confieso que la cédula que os hice, fué mas por cumplir con vuestro deseo que con el mio; porque ántes que la firmase, con muchos dias, tenia entregada mi voluntad y mi alma á otra doncella de mi mismo lugar, que vos bien conocéis, llamada Teodosia, hija de tan nobles padres como los vuestros; y si á vos os di cédula firmada de mi mano, á ella le di la mano firmada y acreditada con tales obras y testigos, que quedé imposibilitado de dar mi libertad á otra persona en el mundo. Los amores que con vos tuve fuéron de pasatiempo, sin que dellos alcanzase otra cosa sino las flores que vos sabeis, las cuales no os ofendieron, ni pueden ofender en cosa alguna: lo que con Teodosia me pasó, fué alcanzar el fruto que ella pudo darme, y yo quise que me diese, con fe y seguro de ser su esposo, como lo soy; y si á ella y á vos os dejé en un mismo tiempo, á vos suspensa y engañada, y á ella temerosa y á su parecer sin honra, hicelo con poco discurso y con juicio de mozo, como lo soy, creyendo que todas aquellas cosas eran de poca importancia, y que las podía hacer sin escrúpulo alguno, con otros pensamientos que entónces me vinieron y solicitaron lo que queria hacer, que fué venirme á Italia, y emplear en ella algunos de los años de mi juventud, y despues volver á ver lo que Dios habia hecho de vos y de mi verdadera esposa; mas doliéndose de mí el cielo, sin duda creo que ha permitido ponerme de la manera que me veis, para que confesando estas verdades, nacidas de mis muchas culpas, pague en esta vida lo que debo, y vos quedeis desengañada y libre para hacer lo que mejor os pareciere; y si en algun tiempo Teodosia supiere mi muerte, sabrá de vos y de los que están presentes, como en la muerte le cumplí la palabra que le di en la vida; y si en el poco tiempo que della me queda, señora Leocadia, os puedo servir en algo, decidmelo, que como no sea recebiros por esposa, pues no puedo, ninguna otra cosa dejaré de hacer que á mí sea posible, por daros gusto.

En tanto que Marco Antonio decia estas razones, tenia la cabeza sobre el codo, y en acabándolas dejó caer el brazo, dando muestras que se desmayaba. Acudió luego D. Rafael, y abrazándole estrechamente, le dijo: Volved en vos, señor mio, y abrazad á vuestro amigo y á vuestro hermano, pues vos quereis que lo sea: conoced á D. Rafael, vuestro camarada, que será el verda-

dero testigo de vuestra voluntad, y de la merced que á su hermana quereis hacer con admitirla por vuestra. Volvió en sí Marco Antonio, y al momento conoció á D. Rafael, y abrazándole estrechamente y besándole en el rostro, le dijo: Ahora digo, hermano y señor mio, que la suma alegría que he recibido en veros, no pueda traer ménos descuento que un pesar grandísimo, pues se dice que tras el gusto se sigue la tristeza; pero yo daré por bien empleada cualquiera que me viniere, á trueco de haber gustado del contento de veros. Pues yo os lo quiero hacer mas cumplido, replicó D. Rafael, con presentaros esta joya, que es vuestra amada esposa; y buscándola Teodosia la halló llorando detras de toda la gente, suspensa y atónita entre el pesar y la alegría por lo que veia, y por lo que habia oido decir. Asíola su hermano de la mano, y ella sin hacer resistencia se dejó llevar dónde él quiso, que fué ante Marco Antonio, que la conoció y se abrazó con ella, llorando los dos tiernas y amorosas lágrimas. Admirados quedaron cuantos en la sala estaban, viendo tan extraño acontecimiento: mirábase unos á otros, sin hablar palabra, esperando en qué habian de parar aquellas cosas. Mas la desengañada y sin ventura Leocadia, que vió por sus ojos lo que Marco Antonio hacia, y vió al que pensaba ser hermano de D. Rafael en brazos del que tenia por su esposo, viendo junto con esto burlados sus deseos y perdidas sus esperanzas, se hurtó de los ojos de todos (que atentos estaban mirando lo que el enfermo hacia con el paje que abrazado tenia), y se salió de la sala ó aposento, y en un instante se puso en la calle con intencion de irse desesperada por el mundo, ó adonde gentes no la viesen; mas apenas habia llegado á la calle, cuando D. Rafael la echó ménos, y como si le faltara el alma, preguntó por ella, y nadie le supo dar razon dónde se habia ido; y así sin esperar mas, desesperado salió á buscarla, y acudió adonde le dijeron que posaba Calvete, por si habia ido allá á procurar alguna cabalgadura en que irse; y no hallándola allí, andaba como loco por las calles, buscándola de unas partes á otras; y pensando si por ventura se habia vuelto á las galeras, llegó á la marina, y un poco ántes que llegase, oyó que á grandes voces llamaban desde tierra el esquife de la capitana, y conoció que quien las daba era la hermosa Leocadia, la cual recelosa de algun desman, sintiendo pasos á sus espaldas, empuñó la espada, y esperó apercebida que llegase D. Rafael, á quien ella luego conoció, y le pesó de que la hubiese hallado, y mas en parte tan sola, que ya ella habia entendido, por mas de una muestra que D. Rafael le habia dado, que no la queria mal, sino tan bien que tomara por buen partido que Marco Antonio la quisiera otro tanto. ¿Con qué razones podré yo decir ahora las que D. Rafael dijo á Leocadia, declarándole su alma, que fuéron tantas y tales, que no me atrevo á escribirlas? Mas pues es forzoso decir algunas, las que entre otras le dijo, fuéron estas: Si con la ventura que me falta, me faltase ahora ¡oh hermosa Leocadia! el atrevimiento de descubriros los secretos de mi alma, quedaría enterrada en los senos del perpetuo olvido la mas enamorada y honesta voluntad, que ha nacido ni puede nacer en un enamorado pecho. Pero por no hacer este agravio á mi justo deseo, véngame lo que viniere, quiero, señora, que advertais, si es que os da lugar vuestro arrebatado pensamiento, que en ninguna cosa se me

aventaja Marco Antonio, sino es en el bien de ser de vos querido: mi linaje es tan bueno como el suyo, y en los bienes que llaman de fortuna, no me hace mucha ventaja; en los de naturaleza no conviene que me alabe, y mas si á los ojos vuestros no son de estima: todo esto digo, apasionada señora, porque tomeis el remedio y el medio que la suerte os ofrece en el extremo de vuestra desgracia: ya veis que Marco Antonio no puede ser vuestro, porque el cielo le hizo de mi hermana, y el mismo cielo, que hoy os ha quitado á Marco Antonio, os quiere hacer recompensa conmigo, que no deseo otro bien en esta vida que entregarme por esposo vuestro: mirad que el buen suceso está llamando á las puertas que hasta ahora habeis tenido del malo, y no penseis que el atrevimiento que habeis mostrado en buscar á Marco Antonio, ha de ser parte para que no os estime y tenga en lo que mereciéades, si nunca le hubiéades tenido, que en la hora que quiero y determino igualarme con vos, eligiéndos por perpetua señora mia, en aquella misma se me ha de olvidar, y ya se me ha olvidado todo cuanto en esto he sabido y visto; que bien sé que las fuerzas que á mí me han forzado á que tan de rondon y á rienda suelta me disponga á adoraros y á entregarme por vuestro, estas mismas os han traído á vos al estado en que estáis, y así no habrá necesidad de buscar disculpa, donde no ha habido yerro alguno. Cállando estuvo Leocadia á todo cuanto D. Rafael le dijo, sino que de cuando en cuando daba unos profundos suspiros, salidos de lo íntimo de sus entrañas: tuvo atrevimiento D. Rafael de tomarle una mano, y ella no tuvo esfuerço para estorbárselo, y allí besándose muchas veces, le decia: Acabad, señora de mi alma, de serlo del todo á vista destos estrellados cielos que nos cubren, y deste sosegado mar que nos escucha, y destas bañadas arenas que nos sustentan: dadme ya el sí, que sin duda conviene tanto á vuestra honra, como á mi contento: vuélvome á decir que soy caballero, como vos sabeis, y rico, y que os quiero bien, que es lo que mas habeis de estimar, y que en cambio de hallaros sola y en traje que desdice mucho del de vuestra honra, léjos de la casa de vuestros padres y parientes, sin persona que os acuda á lo que menester hubiéades, y sin esperanza de alcanzar lo que buscáades, podeis volver á vuestra patria en vuestro propio, honrado y verdadero traje, acompañada de tan buen esposo como el que vos suspistes escogeros; rica, contenta, estimada y servida, y aun loada de todos aquellos á cuya noticia llegaren los sucesos de vuestra historia: si esto es así, como lo es, no sé en qué estáis dudando: acabad (que otra vez os lo digo) de levantarme del suelo de mi miseria al cielo de mereceros, que en ello haréis por vos misma, y cumpliréis con las leyes de la cortesía y del buen conocimiento, mostrándos en un mismo punto agradecida y discreta. Ea pues, dijo á esta sazón la dudosa Leocadia, pues así lo ha ordenado el cielo, y no es en mi mano ni en la de viviente alguno oponerse á lo que él determinado tiene, hágase lo que él quiere y vos quereis, señor mio; y sabe el mismo cielo con la vergüenza que vengo á condescender con vuestra voluntad, no porque no entienda lo mucho que en obedeceros gano, sino porque temo que en cumpliendo vuestro gusto me habeis de mirar con otros ojos de los que quizá hasta agora, mirándome, os han engañado; mas sea como fuere, que en fin el nombre de ser mujer

legítima de D. Rafael de Villavicencio no le podré perder, y con este título solo viviré contenta; y si las costumbres que en mí viéades, despues de ser vuestra, fueren parte para que me estimeis en algo, daré al cielo las gracias de haberme traído por tan extraños rodeos y por tantos males á los bienes de ser vuestra: dadme, señor D. Rafael, la mano de ser mio, y veis aquí os la doy de ser vuestra, y sirvan de testigos los que vos decís, el cielo, la mar, las arenas y este silencio, solo interrumpido de mis suspiros y de vuestros ruegos. Diciendo esto se dejó abrazar, y le dió la mano, y D. Rafael le dió la suya, celebrando el nocturno y nuevo desposorio solas las lágrimas que el contento, á pesar de la pasada tristeza, sacaba de sus ojos. Luego se volvieron á casa del caballero, que estaba con grandísima pena de su falta, y la misma tenian Marco Antonio y Teodosia: los cuales ya por mano de clérigo estaban desposados, que á persuasion de Teodosia (temerosa que algun contrario accidente no le turbase el bien que habia hallado) el caballero envió luego por quien los desposase, de modo que cuando D. Rafael y Leocadia entraron, y D. Rafael contó lo que con Leocadia le habia sucedido, así les aumentó el gozo, como si ellos fueran sus cercanos parientes; que es condicion natural y propia de la nobleza catalana saber ser amigos, y favorecer á los extranjeros que dellos tienen necesidad alguna. El sacerdote que presente estaba ordenó que Leocadia mudase el hábito, y se vistiese en el suyo; y el caballero acudió á ello con presteza, vistiendo á las dos de dos ricos vestidos de su mujer, que era una principal señora, del linaje de los Granollegues, famoso y antiguo en aquel reino. Avisó al cirujano, quien por caridad se dolia del herido, cómo hablaba mucho, y no le dejaban solo, el cual vino y ordenó lo primero que le dejasen en silencio. Pero Dios, que así lo tenia ordenado, tomando por medio é instrumento de sus obras (cuando á nuestros ojos quiere hacer alguna maravilla) lo que la misma naturaleza no alcanza, ordenó que el alegría y poco silencio que Marco Antonio habia guardado, fuese parte para mejorarle, de manera, que otro dia cuando le curaron le hallaron fuera de peligro, y de allí á catorce se levantó tan sano, que sin temor alguno se pudo poner en camino.

Es de saber que en el tiempo que Marco Antonio estuvo en el lecho, hizo voto, si Dios le sanase, de ir en romería á pié á Santiago de Galicia, en cuya promesa le acompañaron D. Rafael, Leocadia y Teodosia, y aun Calvete el mozo de mulas (obra pocas veces usada de los de oficios semejantes); pero la bondad y llaneza que habia conocido en D. Rafael, le obligó á no dejarle hasta que volviese á su tierra; y viendo que habian de ir á pié como peregrinos, envió las mulas á Salamanca con la que era de D. Rafael, que no faltó con quien enviarlas. Llegóse pues el dia de la partida, y acomodados de sus esclavinas y de todo lo necesario, se despidieron del liberal caballero, que tanto les habia favorecido y agasajado, cuyo nombre era D. Sancho de Cardona, ilustrísimo por sangre, y famoso por su persona: ofreciéronsele todos de guardar perpetuamente ellos y sus descendientes, á quien se lo dejarían mandado, la memoria de las mercedes tan singulares dél recibidas, para agradecellas si quiera, ya que no pudiesen servirles. Don Sancho los abrazó á todos, diciéndoles que de su natural condicion nacia hacer aquellas obras, ó otras que fuesen buenas á

todos los que conocía ó imaginaba ser hidalgos castellanos. Reiteráronse dos veces los abrazos, y con alegría mezclada con algun sentimiento triste se despidieron, y caminando con la comodidad que permitía la delicadeza de las dos nuevas peregrinas, en tres días llegaron á Monserrate, y estando allí otros tantos, haciendo lo que á buenos y católicos cristianos debían, con el mismo espacio volvieron á su camino, y sin sucederles reves ni desman alguno llegaron á Santiago. Y despues de cumplir su voto con la mayor devocion que pudieron, no quisieron dejar el hábito de peregrinos hasta entrar en sus casas, á las cuales llegaron poco á poco, descansados y contentos; mas ántes que llegasen, estando á vista del lugar de Leocadia (que como se ha dicho era á una legua del de Teodosia), desde encima de un recuesto los descubrieron á entrambos, sin poder encubrir las lágrimas, que el contento de verlos les trujo á los ojos, á lo ménos á las dos desposadas, que con su vista renovaron la memoria de los pasados sucesos.

Descubriase desde la parte donde estaban un ancho valle, que los dos pueblos dividía, en el cual vieron á la sombra de un olivo un dispuesto caballero, sobre un poderoso caballo, con una blanquísima adarga en el brazo izquierdo, una gruesa y larga lanza terciada en el derecho; y mirándole con atencion, vieron que asimismo por entre unos olivares venían otros dos caballeros con las mismas armas y con el mismo donaire y apostura, y de allí á poco vieron que se juntaron todos tres, y habiendo estado un pequeño espacio juntos se apartaron, y uno de los que á lo último habían venido se apartó con el que estaba primero debajo del olivo: los cuales, poniendo las espuelas á los caballos, arremetieron el uno al otro, con muestras de ser mortales enemigos, comenzando á tirarse bravos y diestros botes de lanza, ya hurtando los golpes, ya recogiendo los con tanta destreza, que daban bien á entender ser maestros en aquel ejercicio: el tercero los estaba mirando, sin moverse de un lugar; mas no pudiendo D. Rafael sufrir estar tan lejos, mirando aquella tan reñida y singular batalla, á todo correr bajó del recuesto, siguiéndole su hermana y su esposa, y en poco espacio se puso junto á los dos combatientes, á tiempo que ya los dos caballeros andaban algo heridos; y habiéndosele caído al uno el sombrero, y con él un casco de acero, al volver el rostro conoció D. Rafael ser su padre, y Marco Antonio conoció que el otro era el suyo. Leocadia, que con atencion habia mirado al que no se combatía, conoció que era el padre que la habia engendrado, de cuya vista todos cuatro suspensos, atónitos y fuera de sí quedaron; pero dando el sobresalto lugar al discurso de la razon, los dos cuñados, sin detenerse, se pusieron en medio de los que peleaban, diciendo á voces: No mas, caballeros, no mas, que los que esto os piden y suplican son vuestros propios hijos: Yo soy Marco Antonio, padre y señor mio, decia Marco Antonio: yo soy aquel por quien, á lo que imagino, están vuestras canas venerables puestas en este riguroso trance: templad la furia y arrojad la lanza, ó volvedla contra otro enemigo, que el que tenéis delante ya de hoy mas ha de ser vuestro hermano. Casi estas mismas razones decia D. Rafael á su padre, á las cuales se detuvieron los caballeros, y atentamente se pusieron á mirar á los que se las decían, y volviendo la cabeza, vieron que D. Enrique, el padre de Leocadia,

se habia apeado, y estaba abrazado con el que pensaban ser peregrino; y era que Leocadia se habia llegado á él, y dándosele á conocer, le rogó que pusiese en paz á los que se combatían, contándole en breves razones, cómo D. Rafael era su esposo, y Marco Antonio lo era de Teodosia. Oyendo esto su padre, se apeó, y la tenia abrazada, como se ha dicho; pero dejándola, acudió á ponerlos en paz, aunque no fué menester, pues ya los dos habian conocido á sus hijos, y estaban en el suelo, teniéndolos abrazados, llorando todos lágrimas de amor y de contento nacidas. Juntáronse todos, y volvieron á mirar á sus hijos, y no sabían qué decirse: atentábanles los cuerpos, por ver si eran fantásticos, que su improvisa llegada esta y otras sospechas engendraba; pero desengañados algun tanto, volvieron á las lágrimas y á los abrazos. Y en esto asomó por el mismo valle gran cantidad de gente armada, de á pié y de á caballo, los cuales venían á defender al caballero de su lugar; pero como llegaron, y los vieron abrazados de aquellos peregrinos, y preñados los ojos de lágrimas, se apearon y admiraron, estando suspensos, hasta tanto que D. Enrique les dijo brevemente lo que Leocadia su hija les habia contado. Todos fuéron á abrazar á los peregrinos con muestras de contento tales, que no se pueden encarecer. D. Rafael de nuevo contó á todos, con la brevedad que el tiempo requeria, todo el suceso de sus amores, y de cómo venía casado con Leocadia, y su hermana Teodosia con Marco Antonio: nuevas, que de nuevo causaron nueva alegría. Luego de los mismos caballos de la gente que llegó al socorro, tomaron los que hubieron menester para los cinco peregrinos, y acordaron de irse al lugar de Marco Antonio, ofreciéndole su padre de hacer allí las bodas de todos, y con este parecer se partieron; y algunos de los que se habian hallado presentes se adelantaron á pedir alricias á los parientes y amigos de los desposados. En el camino supieron D. Rafael y Marco Antonio la causa de aquella pendencia, que fué que el padre de Teodosia y el de Leocadia habian desafiado al padre de Marco Antonio en razon de que él habia sido sabidor de los engaños de su hijo, y habiendo venido los dos, y hallándole solo, no quisieron combatirle con alguna ventaja, sino uno á uno como caballeros de una pendencia parara en la muerte de uno ó en la de entrambos, si ellos no hubieran llegado. Dieron gracias á Dios los cuatro peregrinos del suceso feliz. Y otro dia, despues que llegaron, con real y espléndida magnificencia y suntuoso gasto, hizo celebrar el padre de Marco Antonio las bodas de su hijo y Teodosia, y las de D. Rafael y Leocadia. Los cuales luengos y felices años vivieron en compañía de sus esposas, dejando de sí ilustre generacion y descendencia, que hasta hoy dura en estos dos lugares, que son de los mejores de la Andalucía; y si no se nombran, es por guardar el decoro á las dos doncellas, á quien quizá las lenguas maldicientes, ó neciamente escrupulosas, les harán cargo de la lijereza de sus deseos, y del súbito mudar de trajes: á los cuales ruego que no se arrojen á vituperar semejantes libertades, hasta que miren en sí, si alguna vez han sido tocados destas que llaman flechas de Cupido, que en efeto es una fuerza, si así se puede llamar, incontrastable, que hace el apetito á la razon. Calvete, el mozo de mulas, se quedó con la que de D. Rafael habia enviado á Salamanca, y con otras muchas dádivas que

los dos desposados le dieron; y los poetas de aquel tiempo tuvieron ocasion donde emplear sus plumas, exagerando la hermosura y los sucesos de las dos tan

atrevidas cuanto honestas doncellas, sujeto principal deste extraño suceso.

LA SEÑORA CORNELIA.

Don Antonio de Isunza y D. Juan de Gamboa, caballeros principales, de una edad, muy discretos y grandes amigos, siendo estudiantes en Salamanca determinaron de dejar sus estudios por irse á Flándes, llevados del hervor de la sangre moza y del deseo, como decirse suele, de ver mundo, y por parecerles que el ejercicio de las armas, aunque arma y dice bien á todos, principalmente asienta y dice mejor en los bien nacidos y de ilustre sangre. Llegaron pues á Flándes á tiempo que estaban las cosas en paz, ó en conciertos y tratos de tenerla presto. Recibieron en Ambéres cartas de sus padres, donde les escribieron el grande enojo que habian recibido, por haber dejado sus estudios sin avisárselo, para que hubieran venido con la comodidad que pedia el ser quien eran. Finalmente, conociendo la pesadumbre de sus padres, acordaron de volverse á España, pues no habia que hacer en Flándes; pero ántes de volverse quisieron ver todas las mas famosas ciudades de Italia; y habiéndolas visto todas pararon en Bolonia, y admirados de los estudios de aquella insigne universidad, quisieron en ella proseguir los suyos. Dieron noticia de su intento á sus padres, de que se holgaron infinito, y lo mostraron con proveerles magníficamente, y de modo, que mostrasen en su tratamiento quiénes eran y qué padres tenían: y desde el primero dia que salieron á las escuelas, fuéron conocidos de todos por caballeros, galanes, discretos y bien criados. Tendria D. Antonio hasta veinte y cuatro años, y D. Juan no pasaba de veinte y seis; y adornaban esta buena edad con ser muy gentileshombres, músicos, poetas, diestros y valientes: partes que los hacían amables y bien queridos de cuantos los comunicaban. Tuvieron luego muchos amigos así estudiantes españoles, de los muchos que en aquella universidad cursaban, como de los mismos de la ciudad y de los extranjeros: mostrábanse con todos liberales y comedidos, y muy ajenos de la arrogancia que dicen que suelen tener los españoles; y como eran mozos y alegres, no se disgustaban de tener noticia de las hermosas de la ciudad; y aunque habia muchas señoras doncellas y casadas con gran fama de ser honestas y hermosas, á todas se aventajaba la señora Cornelia Bentibolli, de la antigua y generosa familia de los Bentibollis, que un tiempo fuéron señores de Bolonia. Era Cornelia hermosísima en extremo, y estaba debajo de la guarda y amparo de Lorenzo Bentibolli, su hermano, honradísimo y valiente caballero, huérfano de padre y madre: que aunque los dejaron solos, los dejaron ricos, y la riqueza es grande alivio de orfandad. Era el recato de Cornelia tanto, y la solicitud de su hermano tanta en guardarla, que ni ella se dejaba ver, ni su hermano consentía que la viesen. Esta fama traía deseosos á D. Juan y á D. Antonio de verla, aunque fuera en la iglesia; pero el trabajo que en ello pusieron fué en balde, y el deseo, por la imposibilidad cuchillo, de

la esperanza, fué menguando; y así con solo el amor de sus estudios y el entretenimiento de algunas honestas moçedades, pasaban una vida tan alegre como honrada; pocas veces salían de noche, y si salían, iban juntos y bien armados.

Sucedió pues que habiendo de salir una noche, dijo D. Antonio á D. Juan, que él se queria quedar á rezar ciertas devociones, que se fuese, que luego le seguiria. No hay para qué, dijo D. Juan, que yo os aguardaré, y si no saliéremos esta noche, importa poco. No, por vida vuestra, replicó D. Antonio, salid á coger el aire, que yo seré luego con vos, si es que vais por donde solemos ir. Haced vuestro gusto, dijo D. Juan, quedáos en buena hora, y si saliéredes, las mismas estaciones andaré esta noche que las pasadas. Fuése D. Juan, y quedóse D. Antonio. Era la noche entre oscura, y la hora las once; y habiendo andado dos ó tres calles, y viéndose solo, y que no tenia con quién hablar, determinó volverse á su casa, y poniéndolo en efeto, al pasar por una calle que tenia portales sustentados en mármoles, oyó que de una puerta le ceceaban. La escuridad de la noche, y la que causaban los portales, no le dejaban atinar al ceceo. Detúvose un poco, estuvo atento, y vió entreabrir una puerta: llegóse á ella, y oyó una voz baja, que dijo: ¿Sois por ventura Fabio? D. Juan, por sí ó por no, respondió que sí. Pues tomad, respondieron de dentro, y ponédlo en cobro, y volved luego, que importa. Alargó la mano D. Juan, y topó un bulto, y queriéndolo tomar, vió que eran menester las dos manos, y así le hubo de asir con entrambas; y apenas se le dejaron en ellas, cuando le cerraron la puerta, y él se halló cargado en la calle, y sin saber de qué. Pero casi luego comenzó á llorar una criatura, al parecer recién nacida, á cuyo lloro quedó D. Juan confuso y suspenso, sin saber qué hacerse, ni qué corte dar en aquel caso; porque en volver á llamar á la puerta, le pareció que podia correr algun peligro cuya era la criatura, y en dejarla allí, la criatura misma; pues el llevarla á su casa, no tenia en ella quien la remediase, ni él conocía en toda la ciudad persona adonde poder llevarla, pero viendo que le habian dicho que la pusiese en cobro, y que volviese luego, determinó de traerla á su casa, y dejarla en poder de una ama que los servía, y volver luego á ver si era menester su favor en alguna cosa, puesto que bien habia visto que le habian tenido por otro, y que habia sido error darle á él la criatura. Finalmente, sin hacer mas discursos se vino á casa con ella, á tiempo que ya D. Antonio no estaba en ella: entróse en un aposento, y llamó al ama, descubrió la criatura, y vió que era la mas hermosa que jamas hubiese visto: los paños en que venía envuelta mostraban ser de ricos padres nacida: desenvolvióla el ama, y hallaron que era varon. Menester es, dijo D. Juan, dar de mamar á este niño, y ha de ser desta manera: que vos, ama, le habeis de quitar estas ricas mantillas, y ponerle